

El viento celeste y blanco

El invierno del 2010 en Uruguay se ha visto desplazado por una súbita irrupción de calidez humana procedente de Sudáfrica. Como, quizás, nunca antes se había visto desde mediados del siglo XX una invasión de espontánea alegría se apoderó de los uruguayos. Es que el fútbol, como fenómeno cultural, tiene el extraordinario poder de convocar y conmover multitudes. La modorra, la aletargada siesta de 40 años, se rompió abruptamente y, en forma casi mágica, tres millones de sonrisas y aún más, tres millones de risas, cánticos, abrazos, coros, lágrimas de alegría, se propagaron por todo el territorio nacional, ganaron a todos y cada uno de los habitantes del pequeño país al sur y pintaron caras de felicidad celeste y blanca en los rostros agradecidos y felices de los uruguayos.

¿Qué había ocurrido?. Nada más ni nada menos que una gesta histórica lograda por un aguerrido grupo de orientales que cambiaban la historia desde el sur africano. La Selección Nacional de Fútbol, al mejor estilo de las antiguas epopeyas heroicas, vencía a sus rivales y se encaminaba al podio de los triunfadores a fuerza de calidad futbolística, coraje, convicción y sacrificio. Un puñado de héroes que batallaron leal y justamente en la más importante justa deportiva del planeta. Que lucharon bravíamente contra sus rivales, contra los horrores arbitrales, contra los tejemanejes corporativos. Un grupo de uruguayos que dieron una lección de humildad y valentía al mundo entero. Una lección de entrega sin límites, de fuerza de espíritu, de calidad futbolística.

Un grupo de uruguayos que demostró al mundo de qué está hecha la famosa “garra celeste”. Y no es del juego brusco del que, precisamente, muchas veces fue víctima el seleccionado oriental. La garra, para quienes no la conocen, es el temple del “ruso” Pérez, con la cabeza vendada por una herida en el campo de juego, metiendo fuerza y corazón para frenar al rival y animar a sus compañeros; la garra es la tenacidad, el arrojo y la valentía de Fucile para no dar nunca una pelota por perdida y pelearla, palmo a palmo, en toda la cancha; la garra es el empuje de “Palito” Pereira, la resistencia del “Mono” Pereira, la estabilidad y firmeza del “Cacha” Arévalo Ríos; la garra es la bravura, calidad y estoicismo de Lugano, su capacidad de liderazgo, su tranquilidad en los momentos más difíciles, su ascendencia gravitante en el campo de juego; la garra es el joven Muslera atajando dos penales en uno de los partidos decisivos en el desarrollo de la carrera; la garra es Cavani, creciendo con cada partido, dando fuerza y velocidad al ataque; y, finalmente, estimados lectores, la garra celeste son las manos desesperadas de Luis Suárez evitando la caída del arco celeste en el último minuto del alargue para obtener un hálito de vida que permitiera a Uruguay seguir luchando, equivalente al heroico sacrificio de los héroes homéricos, después de haber padecido todos los golpes que impotentes rivales le propinaban incapaces de detenerlo en sus habilidosas maniobras ofensivas que, tantas veces, culminaron en excelente goles ratificando, como si fuera necesario, su condición de goleador nato. Y la garra es, también, el oficio, la capacidad, el genio, de un jugador apodado “loco” y que lleva la impronta de su talento impresa en cada jugada decisiva que define instancias críticas. Para las más difíciles, para las más significativas, el talento singular de Sebastián Abreu ratifica, una y otra vez, su condición de jugador invaluable, único, carismático, poseedor de una amplia gama de recursos que despliega como pocos, una simpatía natural que atempera los ánimos en su humana, positiva calidez.

Como si lo expresado fuera poco, hay un jugador que incorpora el Arte en el fútbol. No otra cosa que arte en movimiento han sido los espectaculares goles con que Diego Forlán cautivó y fascinó a la audiencia. La calidad en la realización de los goles de Forlán es tan extraordinaria, que el balón parece seguir las indicaciones que se proyectan desde el cerebro del jugador, en otras palabras, la pelota es como un misil teledirigido que va adónde el jugador quiere que vaya. Como para demostrar que el gol contra Sudáfrica no había sido casual realizó un gol similar contra Holanda poniendo la pelota en el lugar exacto entre el travesaño y la mano del arquero. Para coronar una actuación que le valió, con plena justicia, el premio Fifa Balón de Oro al Mejor Jugador del Mundial, coronó su actuación con un espléndido, único, hermoso, golazo que dejó paralizado al arquero alemán. Diego Forlán no es sólo el Mejor Jugador del Mundial 2010. Con esta recompensa al mérito natural de su calidad intransferible, se encuentra en el selecto grupo de los mejores de todos los tiempos, de todos los Mundiales. Como corresponde a un jugador que puede calificarse con propiedad de realmente excepcional.

Esta suma de méritos personales no hubiera podido expresarse en plenitud sin la presencia insoslayable de un Conductor. Y éste no pudo ser mejor elegido. La Dirección Técnica del seleccionado uruguayo encontró en el Maestro – nunca tan exacta esta palabra – Oscar Washington Tabárez, el mejor conductor posible para esta selección. Tabárez no solo realizó una impecable sumatoria de estrategias técnicas ante cada partido, sino que, acaso lo más importante, dio cohesión, armonía, ensamble, integración adecuada al grupo humano, sin aspaviento, sin la afectación agrandada de otros, sino con la humildad, la ponderación, el equilibrio, la ubicación, la serenidad, la calidez, que lo hacen ser un auténtico Maestro en sus constantes lecciones de sabiduría deportiva y humana. A no dudar, Tabárez ha sido el Mejor Director Técnico del Mundial, aunque presiento que en su calidad natural ello le tiene sin cuidado. Tabárez ha recibido, con sus jugadores, el mejor premio: el amplio y generoso reconocimiento de un pueblo que ha hecho del fútbol parte esencial de la vida. Un pueblo que valora la suma de cualidades y virtudes por él y por sus muchachos exhibida al mundo desde las canchas. Un pueblo que considera a la humildad como una de las virtudes humanas más valiosas. Que sabe valorar el temple y la bravura. Un pueblo que alienta las irrenunciabiles insignias de la Dignidad y el Honor. Y ambas han vuelto a ondear en el viento celeste y blanco.

Alvaro Miranda.

www.alvaromiranda.com / Editorial.